ECO DEL SEGURA

AÑO. VIII. CIEZA 14 ABRIL DE 1912. NÚM. 361

Elocuencia sublime

Así, que no de otro modo justamente puede calificarse la hermosísima oración sagrada dicha en la mañana del 7 en la Santa Iglesia Catedral, porel joven canónigo doctor D. Diego Tortosa.

En verdad que resurrección fué todo en dicho día para las almas en regocijo de la festiva Pascua, de la alegría de los corazones; porque parecía resucitaba delante de nosotros la clarísima, vigorosa, refulgente elocuencia sagrada, con su nutridez de concepto, con su claridad de proposición, con su confirmación potente y con toda su magnificencia de galanuras y bellezas de palabra.

Que breve habría de ser, y breve nos pareció; pues aún más de lo que el orador modestamente había dicho insaciable fué nuestro deseo.

¡Dios mio! ¿Posible es que en estos tiempos, cuando de independencia alardean los hombres inteligentes; cuando á cada obra mental parece corresponder una pública alabanza; cuando para todo pensar se reclama el respeto debido, tan solo á la verdad de la Iglesia á la ciencia de la religión, fuente de las ciencias; á la fé, certeza y gracia, se persiga con atisbador recelo, se censure con implacable saña y agudísima, cuando no grotesca, burla, y que á la luminosidad de la doctrina se oponga la obtusa indiferencia ó la bárbara injusticia?

¿Qué no se diria de cualquiera de estos ilustres oradores como el señor Tortosa, si, como hablan en el púlpito, fueran seglares y hablasen en las juntas, en los Congresos ó en Asambleas políticas?

¿Para el mayor tontaino parlero de cuantos nombran por ahí falta un anuncio lisonjero? ¿Se les regatea elogio? ¿Acaso nada importa á lo que hoy se llama cultura general, que aparezca un hombre de soberano talento instrucción precisa y amplia y genial elocuencia?

Culpa nuestra es, que no del adversario, si en la áura social no imponemos briosa y valerosamente la grandeza de las obras de nuestros oradores, de nuestros escritores, de nuestros sabios y de nuestros artistas.

¡Oh, católicos cobardes!

El señor Tortosa hizo una épica apología del portentosísimo prodigio de la Resurrección de Cristo. ¿Cómo podremos atrevernos á reducir á la misérrima concisión de un escueto, de un esquemático informe su precioso sermón? Por ventura, al restar del espacioso panorama lo puramente conceptual, al desengarzar del cuadro de oro todas y cada una de las joyas de su rica matriz y sostén y contorno, acertaríamos á presentarlas, con la pobreza de una relación de inventario puesto que no nos sería dado presentarlas como nos fueron presentadas en su primoroso encadenamiento, ajuste y lucimiento.

Llamó al análisis y á la razón para examinar la verdad de la Resurrección de Nuestro Señor que, según un valiente dilema, dicho por el predicador, ó fué cierta, en cuyo caso Jesús es Dios, ó mentida, y, en consecuencia, Jesús sería el mayor impostor de la Historia.

Con fino escalpelo, con pulso de crítico seguro, con penetrante raciocinio, el orador prueba la imposibilidad de que los Apóstoles se decidieran á extraer del sepulcro el cadaver de Jesús. Eran cobardes, eran inciertos, eran de débil, casi de nula voluntad...

No pudieron sobornar á los centinelas los Apóstoles. ¡Cómo, si eran pobres, miserables pescadores!

No pudieran sorprender á los soldados romanos porque, según la severísima disciplina militar de Roma, es inconcebible que los guardianes durmiesen.

Y luego de consideraciones pertinentisimas sobre el hecho, aclama el orador, como el más elocuente y admirable testimonio del prodigio, el que á los cuarenta días de haber sido crucificado Jesús Nazareno, del mismo populacho, salvaje y criminal, que le había calumniado, escupido, atormentado, pedido con rugir de fieras su muerte..., salen los primeros discípulos, los primeros miles de cristianos.

Perdone el lector la estrechez y reducidez del informe.

Luego el orador presenta la Resurrección de Cristo para el Cielo y su persistencia aquí en el mundo... Aquí vivió, aquí vive y vivirá; los latidos de su corazón siéntense en la vida, en el latir de la Iglesia; cada latido es una impulsación de la humanidad á la perfección.

Palsa luego el orador la «lira de los siglos», y dice en cada uno, sonoroso, el eco del latido del corazón de Dios, y de cada siglo arranca la vibrantísima nota peculiar á cada una de las sucesivas fases de la civilización cristiana.

Marca el curso que, á través de la historia, lleva aquel clarísimo rayo de luz deslumbradora que desde Nazarhet hasta nuestros días ilumina al mundo y la estela que en su marcha va en la Historia dejando la nave de la Iglesia, guiada por aquel esplendoroso sol de la verdad evangélica.

Después de este elocuente vaticinio para el porvenir, dijo el inspirado orador:

—En él habrán de realizarse las nobles, todas las nobles aspiraciones de la humanidad.

Apostrofa al auditorio para que demande del Altísimo la resurrección de España y la resurrección de las almas por la divina gracia.

¡Bien halla la santa elocuencia del joven sacerdote, maestro en la cátedra sagrada, y Dios le colme de bendiciones y manténgale el aliento y la potencia intelectual y la valentia del corazón para hacer siempre fructuosa la semilla evangélica hasta en los corazones duros y fríos, que él podrá reblandecer y enardecer con el calor de su palabra de fuego y luminosa para esclarecer á las pobres entenebrecidas inteligecias!

José ZAHONERO.

AUTOBIOGRAFIAS

De autores cómicos.

IV

Juan Pérez Zúñiga

Mi aspecto es la negación
del género que cultivo.
¡Ningun escritor festivo
tiene mi circunspección!

No es preciso ser un loco
ni un payaso para el caso;
por lo cual, ni soy payaso
ni hago locuras tampoco.

Hay quien al ver mi exterior
diciendo: «A mí no me la dí.
¿Es ese Zúñiga? ¡Cá!
No es Zúñiga, no, señor.

Ni en su charla es ocurrente,
ni manifiesta alegría,
ni tiene fisonomía
de escritor, ni aun de escribiente.»

Y tengo que ir por ahí
dicien: «¿Cómo que no?
Pérez Zúñiga soy yo
desde el día en que nací.

Yo soy el que por doquier
publica coplas sencillas
y di-para redondillas
como Dios le da á entender.

Yo quien, peor ó mejor,
se nutre en la chirigota,
y suelo dar esa nota
que es hija del buen humor.

¿Que tengo la cara triste?
No lo puedo remediar.
¡Si hasta me pongo á llorar
cuando me sale algun chiste!

No soy un Adonis, no;
contempladme y lo veréis,
joven....tampoco ¿Sabeis
los años que tengo yo?

Treinta y tres años: ¡los treses!
cumplí ya; mas no lo siento,
porque sólo represento
treinta y dos y nueve meses.

Mi barba es un potpurrí
de negro, rubio y marrón;
sólo me falta un mechón
de color azul turquí.

Cada ceja mía deja
ver abundante cabello,
lo que no se vé es aquello
que tengo entre ceja y ceja.

En la boca me quedó
sin una sola raiz;
y tengo una cicatriz
encima del peroné.